



Mónico Sánchez en la III Exhibición de Electricidad en el Madison Square Garden de Nueva York

Cuentan que en el mes de las cruces y los mayos de 1880 nació en Piedrabuena un niño llamado Mónico Sánchez. Estaba predestinado a trabajar en la tejera de su familia, pero como “rayo indomable” llegó a ser uno de los “más grandes insignes científicos e ingenieros de su época” en todo lo relacionado con la electricidad. Su novedoso aparato de rayos X portátil y de alta frecuencia recorrió el mundo, desde Estados Unidos a la Francia de la I Guerra Mundial. Pero, la trascendencia de sus hallazgos no quedó ahí, ya que fue clave en el progreso de la medicina de la España rural de principios del siglo XX. Aquí empieza la parte más desconocida de su historia.

Juan Pablo Rozas, profesor universitario jubilado y uno de los mayores expertos de la trayectoria científica del ilustre manchego, afirma que “Mónico Sánchez quería que Piedrabuena tuviese las mismas ventajas que las grandes ciudades”. Cargado con varias maletas llega al corazón de lo que fue el Laboratorio Eléctrico Sánchez, “un edificio de 3.500 metros, desde donde el científico fabricó y exportó sus equipos portátiles de rayos X, no solo a España, sino a países como Francia, Portugal, y a América”. Ahora solo quedan apenas

unos metros de lo que fue la fachada de ladrillos en la calle Rodríguez Marín, una placa y un busto en un pequeño jardín en su recuerdo.

“Tenaz”. Así define Juan Pablo Rozas al científico, porque “la tenacidad es la propiedad que permite a la materia estrujarla, doblarla y aun así mantener la fuerza”. Solo hay que recordar que Mónico Sánchez salió de Piedrabuena descalzo con tan solo 14 años camino de Fuente el Fresno y que con 23 se embarcó en un buque con destino Nueva York después de hacer un curso de electricidad en Madrid por correspondencia. “Este hombre, a pesar de todas las dificultades que se encontró, supo superarlas. Basta decir que, con 78 años, cuando uno estaría pensando en la jubilación, todavía tenía planes de desarrollo para su laboratorio”, comenta.

Gran embajador de La Mancha y de su pueblo, Mónico Sánchez siempre estuvo prendado en su amor por Piedrabuena. Lo demostró en 1913 cuando volvió a sus orígenes contra todo pronóstico para poner en marcha uno de los principales centros de investigación tecnológica del país. Hay que tener en cuenta que la expansión de la energía eléctrica fue la columna vertebral de la sociedad industrial moderna, el “signo de la modernidad”, a finales del siglo XIX y principios del XX. Pero es que, además, el inventor decidió colocar el nombre de su pueblo debajo de la mar-

ca en cada uno de los aparatos, y así es como Piedrabuena recorrió consultorios, hospitales, centros de enseñanza, universidades y hasta frentes de guerra por todo el planeta Tierra.

La máquina de rayos X vuelve a la cuna

Las maletas de madera se abren, surge ante la vista el generador de alta frecuencia, de 7 megahercios y 100.000 voltios, y Juan Pablo Rozas coloca el tubo de vidrio en el soporte de la máquina. El profesor está dispuesto a encender el aparato de rayos X de Mónico Sánchez, después de 70 años, en el mismo lugar en el que fue fabricado, uno de los pocos completos que existen en el mundo. El silencio domina en la sala hasta que es roto por el ruido que produce la conexión de los cables, el choque de materiales que transportan la energía. Sin llegar a enlazar al aparato el tubo de rayos X para evitar su emisión en todas las direcciones sin protección, el ingeniero de telecomunicaciones explica el procedimiento para realizar una radiografía.

“Si quiero hacer una radiografía de la mano, lo primero que tengo que hacer es enchufar la máquina, después poner la mano delante del tubo y al final mirar por el visor de la pantalla fluoroscópica”. Tras realizar el proceso correctamente en la pantalla resplandecían, según decían en la época, “los huesos de los vivos”. Desde la invención del fonendoscopio en 1700 “no había apare-